



*Atípicos: en la estela de los raros**

Autor:

Foffani, Enrique

Revista:

Boletín de reseñas bibliográficas

1997, 5/6, 157-161



Artículo



ATÍPICOS: EN LA ESTELA DE LOS RAROS*

por Enrique Foffani

I. Con la fuerza de un emblema, acompaña a estos *Atípicos* (volumen compuesto de cuarenta y tres estudios) aquel otro de Rubén Darío publicado también en Buenos Aires hace exactamente 100 años en 1896: *Los raros*. Hay, por cierto, algunas razones de peso que, a la hora de la lectura, gravitan de un modo ineludible: esa particular (y todo pese a las diferencias) temporalidad llamada “fin de siglo” no sólo tematizada sino fundamentalmente inscripta como inescindible condición de su escritura; la construcción de lo que podríamos llamar un “contracanon” marginal a lugares centrales del poder y, además, en estricta relación con la modernidad la instauración de un espacio crítico que desvía el rumbo de las lecturas previsibles de la tradición para encontrar en el interior de ella misma -nunca fuera- los atajos o recodos de otras orientaciones. Tal vez, parafraseando a Goethe, podríamos plantear entre los “raros” y los “atípicos” una serie de “afinidades electivas” (*Die Wahlverwandtschaften*) que hacen posible centrar la cuestión alrededor de la intrincada relación de la crítica con sus propios objetos.

Traer a cuento un tiempo-fin-de-siglo como marca discursiva, histórica, cultural, no implica tanto el gesto de una reconstrucción temporal que hace de los modelos “raros” piezas arqueológicas sino el de hacer visible -es decir hacer transparente al régimen de lo legible- lo que los vuelve, a aquellos raros y a estos atípicos, contemporáneos. En este sentido, el valor fundante de *Los raros* es, en el ámbito de los estudios literarios latinoamericanos, incuestionable y no solamente porque compendie en su osadía una estética modernista/moderna que deja traslucir lo americano paradójicamente a través de una serie de personajes extranjeros -salvo dos o, según interpretaciones, tres-: extranjeros entre los que deberíamos incluir al

* Presentación de Noé Jitrik (Comp.), *Atípicos en la literatura latinoamericana*. Buenos Aires, Instituto de Literatura Hispanoamericana/Oficina de Publicaciones del Ciclo Básico Común, UBA, 1996. Texto leído en el marco de la XXII Feria del Libro, Buenos Aires, abril de 1997.

mismo Darío como autor fuera de su lugar de origen. *Los raros* muestra, de un modo asombroso, cómo se construye un saber crítico, cómo elige sus objetos, cómo los dispone en una sintaxis que no se clausura en los límites del libro y que, necesariamente, se encabalga en otras escrituras y que, a modo de ejemplo, podemos leer en la poesía y en el diario. A Darío "los raros" se le vuelven de algún modo diseminantes como figuras, como temas, como entonaciones, como imágenes. Como si no fuera ya posible refrenar esas "rarezas" que, como proliferaciones, contagian las semblanzas de las crónicas y rarifican incluso sus versos volviéndolos "prosas profanas". De alguna manera, sus raros cometen el delito de profanación: canonizan a los malditos, es decir, formulan un canon de malditos, una antología de la maldición (nunca de la mal-dicción: la dicción se somete a la música de las esferas así se trate de los dicitos de León Bloy), vale decir se trata de la construcción de un florilegio como libro de cabecera donde leer todas esas "flores del mal", donde leer *à rebours* cada "flor de fango". A decir verdad, en la línea de Darío, no debiéramos olvidar otra lectura fundacional en la literatura latinoamericana: las "Notas sobre las enfermedades de la sensación desde el punto de vista de la literatura" (1894-1895) de Gómez Carrillo que construye una antología esta vez de casos a tono con las enfermedades y las conductas sexuales de la época. Pero ambas osadías, la del nicaragüense y el guatemalteco, pronto encontrarán el límite social de una moral que exige advertencias y prevenciones para asegurar su circulación en el incipiente público latinoamericano.

II. Estas pequeñas notas preliminares, sólo querían establecer las afinidades electivas entre los "raros" y los "atípicos". Pero, en cierta medida, lo que converge en las afinidades, diverge en el ámbito de las elecciones. Aunque como nota curiosa - y la curiosidad como un sentido errátil del azar- aparecen en *Atípicos* algunos autores comunes a los libros de Darío y Gómez Carrillo: Max Nordau y el conde de Lautréamont y, por supuesto, numerosas referencias compartidas. Por eso nos parecía que el concepto que Goethe había pedido prestado al discurso científico -concretamente a la química- podía metaforizar la red de relaciones propias de la tradición que el escritor combina y separa en una operación que muchas veces es imposible reconstruir. Pero en este sentido -y esto es tal vez lo que más interesa de la tarea del Darío de *Los raros*- el crítico también construye su propia tradición. *Atípicos en la Literatura Latinoamericana* no es meramente un conjunto de artículos que responden más o menos a una consigna; en la mayoría de los trabajos se encuentra demasiada lucidez de la coyuntura desde donde se escribe y del valor social que la crítica parece tener cada vez más en cuenta, en el sentido de enfrentar la propia subjetividad desde un principio, desde ese momento que representa su primer acto de aparición y que es el instante de la elección. Si la crítica

se quiere escritura, también ella se lee, se escribe, se critica: se la ve eligiendo un objeto y la relación que establece con él, como si generara en su interior esa escena íntima que hará pública después. El montaje de rarezas de Darío callaba a gritos lo que la sociedad le impedía decir y aun en la advertencia explícita, en el consabido éxito de ese imperativo categórico de la moral, podía leerse "à rebours" el lugar de la ruptura pero los tiempos cambiaron. A Darío lo alcanzaba todavía -pese al régimen de prohibiciones y controles- cierta libertad aurática de la figura de poeta que pronto se haría añicos, bastaría cruzar el Atlántico para encontrar la desilusión en el lugar mismo del Ideal, sentirse para siempre hermano de Baudelaire y darse cuenta de que la sociedad -las palabras son de Benjamin- ya no tenía ninguna dignidad que ofrecerle al escritor. Una manera en realidad atípica de nuestra tradición: la de escribirlo primero y experimentarlo después: Darío ya había escrito en "El rey burgués" lo que vivirá en París del mismo modo que Sarmiento conocerá el desierto después de haberlo descrito en el *Facundo*. La escritura parece adelantarse a la vida. La escritura es su profecía y su destino.

Pero los tiempos -dijimos- cambian. Por eso hablar, a partir de este volumen, de las arduas relaciones entre el crítico y la literatura no puede pasar por alto la experiencia de este descubrimiento que Darío y otros latinoamericanos hicieron al comienzo de nuestra modernidad y que, de un modo inmejorable, enunció Georg Steiner a propósito de Lukács: *No resulta fácil para un hombre honesto ser crítico literario en el siglo XX. Hay muchas cosas más urgentes que hacer*. Tal vez la labor de rescate de la que hablaba Noé Jitrik en el "Prólogo" esté ligada a la situación del crítico frente a la elección de sus objetos en consonancia con las urgencias sociales, una alianza que representa la cuestión ética. Pero no sólo como deliberada decisión del crítico dispuesto a hacer justicia, luchar contra el olvido o los silenciamientos y mantener viva la memoria. También los textos construyen su propia eticidad desde el vigor paradójico de una escritura fraguada en las periferias del poder, los y las márgenes, las lacras sociales, las enfermedades, las prisiones, los arrabales, el hambre o las sexualidades silenciadas. Desde esta perspectiva, la categoría de atipicidad (impensable escindida de la de tipicidad y no menos compleja, como lo demostró Lukács) comenzaría por hacer evidente, en el interior del mismo sistema literario, una serie de relaciones antes opacadas.

De algún modo casi todos los "atípicos" que pueblan este volumen tienen sus "rarezas": a) autores como Charles de Soussens que nunca editó en libro, o el conde de Lautréamont entre dos culturas, sitiado pero sin sitio, y el otro vizconde, el de Lascano Tegui y, entre tanta realeza, un esclavo escribe su autobiografía; b) personajes que padecen extrañas enfermedades o el gaucho y la sexualidad "tenebrosa" o el travestismo de los cuentos de Silvina Ocampo; c) o temas que -ya

en el interior del volumen- comienzan a dialogar entre sí desde los mundos triviales de Cerretani a los mundos funambulescos de Cancela, de las excentricidades de Felisberto Hernández a los simulacros de Herrera y Reissig y el género policial entre dos orillas; es decir: de alguna manera la atipicidad sería una categoría fundante de la literatura latinoamericana. Los atípicos serían nuestros tipos: los “desterrados” por antonomasia, los que están -como en el inolvidable cuento de Horacio Quiroga fuera de lugar -del lugar propio-. Y entre lugar y propiedad se juega la tensión real y simbólica: su desajuste, su carácter inasimilable hace de esa tensión el arco de un recorrido tan arduo como la travesía por lo más “cerrado” y “apretado” de la selva misionera que realizan los personajes del cuento de Quiroga que leído así parece complejizar lo que quizás sea el nudo de la cuestión: un territorio y una lengua de fronteras. Si los “atípicos” son los desterrados del canon, del territorio oficial coextensible al poder y la institución, sus peculiares itinerarios recubren la extensión de una topografía -de una escritura de los espacios- donde se vuelven proscriptos en sentido político o lingüístico, fuera de la nación o del lugar natal, marginales a las consagraciones. En uno de los ensayos más lúcidos del volumen, el de Nicolás Rosa sobre la sexualidad del gauchó, es decir sobre el género, leemos que “La gauchesca no es la lengua de los gauchos, no es la psicología de los gauchos, ni siquiera la escritura de las costumbres de los gauchos, es sencilla y rotundamente un *margen de las políticas* de la lengua y de la literatura.” Es este “margen” el lugar desde donde los desterrados del canon con deliberada lucidez o a veces hasta sin ella rearmen el mapa de la tradición. En la tradición cabe no sólo el canon -lugar de la consagración- sino también ese margen -lugar muchas veces de la profanación o, como Deleuze a propósito de Kafka denomina “literatura menor”. Ese margen de las políticas de la lengua y de la literatura es el lugar en continuo movimiento, un lugar nómada, como esa frontera del cuento de Quiroga que se desplaza siempre más allá y desde donde sólo es posible vislumbrar la tierra natal, nunca alcanzarla. Por eso la nominación de “atípicos” al menos abre un territorio crítico que va de la tipología a la tipografía y de ésta a la atípica tipografía de la literatura latinoamericana como si tal descentramiento o subversión del proceso fundara su propia singularidad.

Si hay un acierto contundente en los estudios que componen este volumen es el de un trabajo crítico puesto en marcha sobre el que quizás sea uno de los problemas más cruciales por resolver: cómo incorporar a nuestros atípicos o desterrados o raros a la historia de la literatura latinoamericana, cómo otorgarles el derecho a la vida de conjunto, es decir, cómo hacerlos formar parte del cuerpo literario.

III. El contracanon de atípicos - como aquel otro maldito de Darío y entre nosológico y teratológico de Gómez Carrillo - es un inventario en los dos sentidos:

relevamiento y, a la vez, invención de puntos de vista: es decir, crear espacio, inventar - no sólo inventariar - sitios, dar lugar. De allí que la crítica haga visible las tensiones de los espacios reformulando constantemente el mapa y como una cartografía condenada a la transformación constante. El lugar en sí es el centro de problematicidad. No sólo los lugares como territorios geográficos productores de la literatura latinoamericana sino también la lengua misma como un territorio con lo cual tendríamos, a modo de ejemplo, de un lado, desde la literatura argentina, el "desierto", después de todo bastante fértil en la producción de ideas y metáforas o, desde la literatura mexicana, el "llano" con Rulfo para siempre "en llamas", un páramo-infernáculo abrasado por una alegoría engendradora de muchas otras ficciones o, desde la literatura peruana, los "andes" inhumanables como una orografía no menos productiva si pensamos que desde allí Vallejo revolucionó el lenguaje poético y, del otro lado, cabría agregar la lengua como otro lugar extraño y decididamente a-típico, con esa extrañeza que se nos va volviendo familiar: del francés latente en el ritmo de Darío al francés adoptivo como lengua poética de César Moro, de la lengua trícica de Vallejo al italiano fluido de Rodolfo Wilcock, del inglés escuchado y traducido de José Martí al inglés pensado de Borges, del quechua del Inca Garcilaso al guaraní de Madariaga y el coliche rioplatense y el ladino de Gelman y la lengua inquietante de Susana Thénon y el sinfín de lenguas inventadas y recreadas como espacios imaginarios dentro y fuera de la lengua materna. Estos apuntes incompletos intentan agregar otros espacios contracanonicos a los ya analizados en el volumen que nos ocupa. Finalmente y volviendo a la cuestión ética de la crítica jugada por un lado en la elección del objeto pero también y fundamentalmente en la intensidad de su escritura, cabe decir que la crítica no es ni una Operación Rescate ni una Institución de Beneficencia: ni salvaguarda ni subsidia. Tal vez trabaje silenciosamente por resistir, tal vez alcance el sueño de la perduración y seguramente logre dejar impresas en sus escritos sus propias -y resistentes- atipicidades.